

LA ACCION UNIVERSITARIA (*)

POR

GABRIEL M.^a ECHEGOYEN MOLINERO
(Corpación Universitaria)

Debemos empezar diciendo que a nadie le es dado olvidar que todos nosotros tenemos un deber inexcusable de santificación personal, deber del que se nos pedirá cuentas en su momento.

Pues bien, el estudiante universitario no se resta a esa obligación; no es una persona aparte, sigue teniendo los mismos derechos y obligaciones que un católico en general, pero acotados ellos por su ámbito particular de desenvolvimiento. Decimos los mismos derechos y deberes, pero no es del todo exacto; el universitario no es sino un joven que desea aprender; en otras palabras, que no sabe. Porque no sabe, cursa estudios en la Universidad que es el órgano superior de la Cultura en todas sus manifestaciones en cuanto fundadas en la Verdad.

La Verdad, esta es la palabra clave para el universitario. La formación es lo primero, lo que verdaderamente interesa, porque sólo en la verdad el hombre se libera; es éste el objetivo de la acción universitaria: la liberación de la Verdad. Verdad conquistada por el esfuerzo, poseída en plenitud; no una verdad de cada uno, fabricada a paladar; no esa verdad de la que habla Rousseau: «Yo renuncio a cuestiones ociosas... no trato de saber sino aquello que importa a mi conducta... la verdad, o lo que tomo por tal, es muy amable».

La Verdad representa el faro para aquel que estudia: esa ha sido siempre la lucha de la Universidad: lograr cada vez más esa adecuación entre el conocimiento y la realidad. Por eso, el que no sabe, estudia.

¡Pero qué hondamente ha de sentir el contraste ese joven cuando palpe la realidad actual de la Universidad! Se dará cuen-

(*) Ponencia desarrollada en el foro de este título en la XX Reunión de amigos de la Ciudad Católica, Benicasin (Hotel Orange), el 10 de octubre de 1981.

ta de la caída por etapas (por otra parte lógicas) de esta noble institución. Se habrá pasado de la Universidad teológica a la filosófica, de ésta a la científica, para seguir en cuesta hasta la universidad que hoy padecemos. Se ha ido disminuyendo el objeto del conocimiento, lo que, ineludiblemente, ha entrañado la disminución del saber y de la calidad personal por ese no enfrentamiento con las realidades profundas del Ser.

Por este estado de cosas, se están perdiendo muchas generaciones y este hecho no nos puede dejar impasibles, como a Francisco Vocos, «nos ha de quemar ese mundo de almas jóvenes engañadas, sacadas de quicio y de sus reales posibilidades, embarcadas en una acción cuyo único resultado efectivo es impedirles toda formación intelectual».

Nosotros nos preguntamos: ¿existe una insensibilidad en la gente frente a esos problemas? ¿O se trata más bien de una actitud meramente reaccionaria frente a los manejos habidos para satisfacer una política sectaria en la universidad? Hay quien huye del problema por falta de perspicacia, por conformismo; a lo sumo, querrán estas personas eliminarlo sin ir a las causas, creyendo así en la eficacia de una cura de sueño. Sólo desde una visión quietista del problema puede uno formarse la idea de que la salud se conquista sin condiciones.

¡No! Es necesaria una acción que posibilite los presupuestos legales y ambientales para reinstaurar la universidad en un orden natural de las cosas. Es precisamente por esa acción que es actualización de su vocación, por esa toma de conciencia de su responsabilidad, como el universitario consigue su perfección, su santificación.

La acción universitaria tiene tres frentes de lucha: el frente personal-espiritual, el personal-académico y el del apostolado. Los dos primeros son esenciales a la naturaleza de la universidad; no así el tercero que es contingente pero que, sin embargo, dada la situación anormal de la universidad, cobra importancia táctica.

Pero fijémonos rápidamente en el primero. Decía Sertillanges que «la pureza del pensamiento exige la pureza del alma». Pero incluso el mismo Santo Tomás escribía: «el ejercicio de las virtudes morales, por las cuales son dominadas las pasiones, importa sobremanera para la adquisición de la ciencia». No se puede uno olvidar, por lo tanto, de la dimensión religiosa que, como hombre que es, posee el universitario.

El hombre se perfecciona y salva como cristiano o se pierde también como hombre; ¡paradoja! únicamente saliendo de sí,

hacia la trascendencia, el hombre conquista su propio ser inmanente. Esto es, en la medida en que el hombre se sobrenaturaliza, se humaniza. Esto explica esa frase tan certera de Chesterton, que decía: «si quitamos lo sobrenatural, sólo queda lo antinatural», idea ésta que plasmaba otro autor en otra rotunda afirmación: «quien no hace Teología hace zoología». Gozamos de la participación de Dios por la Gracia en el bautismo, nos convertimos en soldados de Cristo en la confirmación. Debemos, por lo tanto, admitir esa conquista interior como primer paso de nuestra acción.

Sabemos lo fundamental que es la oración, el creer en Dios y vivir en su Gracia. Sabemos que hemos de hacerlo por el camino de María Santísima; nos consta que su amor en Cristo es abogado más ardiente allá arriba.

Sin embargo, ¡cuántas veces nos olvidamos de ello!, ¡cuántas veces nos lanzamos a conquistar el campo de los conocimientos sin tener ni medianamente asentadas nuestras fuerzas!

La más reciente historia bélica nos habla de ejércitos en arrolladora ofensiva que, por no haber asegurado con sus bases una línea de avituallamiento eficaz, han visto detenido su avance y cortadas sus líneas. Nadie duda de la precaria situación de un tal ejército. Pues entonces, ¡no nos vaya ha ocurrir a nosotros mismos otro tanto! Los medios espirituales han de ser nuestra retaguardia; han de proveernos de alimentos y reservas espirituales en nuestro avance y ello en tanto dure la campaña, esto es, en tanto dure nuestra vida aquí abajo.

León XIII en la encíclica *Militantis Ecclesiae* recomendaba: «Toda instrucción se ordene a la Religión. Preciso es rodear toda instrucción del sabor de la piedad cristiana. Ha de evitarse a todo trance que lo que es capital, esto es, el culto de la Religión y de la piedad, se relega a segundo término».

Hemos de esforzarnos en tener una óptica más sobrenatural que puramente humana; no sustituir la fe por la ciencia, la teología por la historia, o la sociología, ni los sacramentos por el psicoanálisis. Nuestra primera reflexión debe ser al pecado y al mal y al estado de nuestra naturaleza caída. Sin embargo, tenemos que acordarnos de aquella exclamación de los primeros padres de la Iglesia: «Feliz aquel primer pecado que hizo que viniera el Salvador a nosotros».

Y es que, si bien es cierto que llevamos la soberbia en nosotros, también lo es el hecho de que disponemos de una fuente inagotable de gracia, de perdón y de fuerza en el sacrificio de la Cruz y en el amor de María.

Debemos, por lo tanto, ahondar aún más esa óptica sobrenatural y reflexionar sobre Dios, su Creación, su Providencia. Debemos sabernos y sentirnos hijos de Dios en Cristo; todas nuestras fuerzas han de estar puestas en ese: «hacia Jesús por María».

En la realidad cotidiana de nuestros actos, debemos sobrenaturalizar la acción, viviendo en la Gracia de Dios: «La Iglesia tiene en sí la vida santificante de la Gracia que se transfunde a todo miembro suyo que no ponga impedimento. Pero los miembros de esa Iglesia pueden no dejarse penetrar de esa vida».

Se requiere una disponibilidad para aceptar las exigencias y compromisos que la Fe impone. Ello supone una subordinación de todo a la finalidad de Dios: «si existen lastres, que el corazón no está dispuesto a soltar, la vinculación con Dios será siempre subordinada a que no le sea reclamando aquello de lo que el hombre no está decidido a desprenderse».

Se necesita una capacidad de lucha porque la Fe no es una posesión pacífica; «el cristiano ha nacido para luchar», decía León XIII. No es un sí que, dado una vez, no haya que volver a renovar y a recrear cada día; «la Fe es capacidad de resistencia a la duda», dijo Newman. La Fe es capacidad de lucha en un combate que puede resultar sangriento. Al dar nuestra respuesta afirmativa a la Fe, no sólo nos vinculamos con Dios intelectual, volitiva y afectivamente, sino que Dios opera una transformación real con nosotros; se trata de un cambio real interior hasta hacernos algo nuevo y distinto.

Esa Fe, hemos de mantenerla con la oración. Por encima de todo está la necesidad de no olvidar nunca la primacía de una vida espiritual intensa y justa, lejos del mero activismo como de los falsos misticismos. «Sólo venceremos si somos los más fuertes, fuertes de Aquel que venció al mundo y a la muerte».

La oración debe ser, por lo tanto, para nosotros, la primera forma de la acción. La Fe mantenida por la oración nos dará fuerzas para proseguir una tarea pesada y lenta; una fe que sea ese verdadero asentimiento de la inteligencia. El primer reflejo de este asentimiento intelectual debe de ser una adhesión total a las enseñanzas de la Iglesia. Es menester que tengamos ese sentido de la Iglesia para estar seguros de tener el sentido de Dios. ¡Estemos, pues, con la Iglesia, rechacemos cualquier otra etiqueta!

Este es, entonces, el primer frente que todo universitario debe sostener para llevar a buen término cualquier acción contra-

rrevolucionaria, recordando con ello a San Agustín cuando decía: «nos habéis hecho Señor para Vos, y nuestro corazón no reposa hasta descansar en Vos».

Llegamos así a ese segundo frente esencial para nuestra acción: el académico o profesional. Es el mismo Pío XII el que nos pide un equilibrio de cultura religiosa y científica. Es deber inexcusable del universitario el llevar a buen término sus estudios, esa «relación creativa con la verdad dentro de un sector elegido del conocimiento» que diría Juan Pablo II.

Aquí, hemos de tener en cuenta la triple clasificación de Platón sobre la filosofía como «diálogo del alma consigo misma respecto al ser, al conocer y al hacer». De esta forma, de la misma manera que la dimensión religiosa que tratábamos antes incide sobre el primer término, el ser, del mismo modo, este segundo punto que tocamos, incide sobre el conocer. Así, en la medida en que potenciamos los dos primeros términos, el ser y el conocer, podremos ampliar más el tercero, esto es, el hacer, la acción.

¡Qué duda cabe de que la primera medida que se necesita para ello es un reforma profunda de la enseñanza secundaria! Es obvio que, con el «atiborramiento» de nociones inconexas que supone nuestro Bachillerato, el estudiante no es capaz, las más de las veces, de discernir su papel en la Universidad.

También es cierto que se ha ido reduciendo el ámbito del saber; del estudio de las causas primeras por la Teología, la Teodicea y, hasta cierto punto por la Filosofía, se ha pasado al estudio de las causas segundas por el mero conocimiento científico, hasta desembocar en el grado ínfimo del conocimiento que es el que hoy se da en la Universidad: el mero conocimiento empírico, meramente mostrativo, parcelado e inconexo, sin interrelación global que pueda satisfacer el más discreto apetito por las cosas del espíritu.

Es verdad que la Universidad debería representar hoy, y no lo hace, una de las pocas defensas contra los peligros de la civilización de masas, frenando la falsificación de la cultura que se ha producido a través de los medios de difusión. Por no representar esta defensa, la Universidad provoca en el universitario ese sentimiento tan recalcado por Simone Weil, el desarraigo. Ese mismo desarraigo que Saint-Exupéry pone en boca de la rosa del Principito cuando dice ésta: «¿los hombres? ... no se sabe dónde encontrarlos; el viento los pasea, carecen de raíces, lo que les molesta mucho». Sobre este desarraigo ha venido a incidir, escribe Vallet de Goytisolo, ese principio tan manipula-

do como es el de la igualdad de posibilidades en los estudios superiores, al lanzar a la Universidad a legión de jóvenes que carecían por completo de dicha vocación.

Nada queda en la Universidad donde poder agarrarse para no quedar inmersos en el desarraigo, ni siquiera la labor propiamente intelectual, aquella afirmación que se hizo hace dos siglos de confianza ilimitada en la razón ha traído la duda sobre la razón misma. Necesitamos nuevos hábitos morales y mentales que poder oponer al derrame cerebral ocasionado por el anti-intelectualismo.

Y es aquí, por todas estas dificultades y para intentar orillarlas, donde aparece ese tercer frente de acción que ha cobrado tanta importancia táctica.

Se trata de la labor apostólica en la Universidad que va a tener una eficaz concreción en el método de los grupos de estudio.

Esta tercera vía complementaria va a cumplir una doble función: a través de los grupos de estudio, el universitario va a poder cumplir ese requisito *sine qua non* para la Universidad y que es abrir un apetito interior para las cosas del espíritu. En segundo lugar, va el universitario a conseguir una presencia mínima en la Universidad, presencia por otra parte, con vocación de crecimiento y permanencia.

Logrará, en primer término, educarse y no meramente instruirse; va a intentar adquirir unas ciertas maneras, una mayor formalidad, un lenguaje más exacto, un sentido ético más sutil y hasta —¿por qué no?— un espíritu de cuerpo que, sin ser arbitrario, fuese la consecuencia lógica de haber desarrollado en el tiempo un género de vida en común.

El universitario logrará, en un segundo término, sanear la Universidad a través de esos grupos universitarios de apostolado con presencia concertada en las diferentes universidades y formados en la doctrina social cristiana. Con ese movimiento universitario se lograría, por ende, una permanencia en la acción, ya que la estancia en las aulas es, por definición, temporal.

En suma, es hora de suplir la carencia de formación impartida por la Universidad oficial, buscando a los buenos maestros, aún fuera de los claustros, que estén dispuestos a transmitir sus conocimientos.

Esta misma acción pondrá en manos de la Contra-Revolución un número considerable de pequeños grupos distribuidos eficazmente, con una disciplina común, y prestos a una unidad en la acción. Una serie de pequeñas naves, con gran movilidad

que, como lo hiciera la flotilla de Drake, lograrse poner en jaque a la «mastodoncia» de la «Armada Invencible» de la Revolución.

Bien, hemos esbozado las tres facetas que toda acción universitaria ha de tener; sólo nos queda bosquejar algunos puntos sin los cuales no habría eficacia en la acción, ni siquiera acción misma.

Son puntos esenciales de la acción universitaria: la unidad de acción, la planificación y revisión y la información.

La unidad de acción es importante en toda acción concertada; pero se vuelve tema crucial cuando el número de «activistas» es pequeño, caso de la militancia contra-revolucionaria.

La unidad de acción, a su vez, se nutre y funda en la unidad del fin, y ésta, en la unidad de la verdad. La unidad de fines arrancaríala, parece de perogrullo, del conocimiento de esos mismos fines —se trataría de recrear todas las condiciones legales y ambientales necesarias para conseguir universidades libres y corporativas—. Esta unidad en los fines se lograría gracias a una común disciplina, entendida esta en su sentido más lato.

Por fin, la unidad de la verdad que fundamenta la anterior, sólo requiere, casi huelga decirlo, del estudio en una misma fuente común: la Doctrina de la Iglesia.

Después de la unidad de acción, el segundo presupuesto de eficacia sería la planificación que abarcaría, a su vez, una adecuada elección de medios, una oportuna ejecución, y una revisión.

San Agustín define el orden como: «la justa disposición de los medios con respecto al fin»; en toda empresa humana es obligado juntar todos los medios necesarios en orden a conseguir el fin deseado antes de actuar; sin embargo, si ello no fuera posible sería prudente nivelar los fines con respecto a los medios poseídos; empleamos aquí la palabra prudente en el sentido tomista de la palabra, como virtud de prudencia. «El juicio justo es aquel que se adecúa con la realidad», escribe el autor aquinatense; cuanto más realistas seamos, cuanto más cerca estemos de la verdad y de su escala de valores, tantas más posibilidades tendremos de cumplir la tarea que Dios espera de nosotros.

Tras esa labor de elección de medios y oportuna y prudente ejecución, es necesaria, aún, una revisión de lo actuado. Esta revisión nos permitirá reflexionar sobre los fallos cometidos, en orden a una mayor eficacia en el futuro.

El último elemento importante para la acción, de los citados, es el de la información. Como afirmaba Ignacio García-

Noblejas, en *Notas para una acción universitaria*, del primer Seminario de Formación para la Acción de Corporación Universitaria, «debemos de ser unos vigilantes escrupulosos de todo lo que concierna a la Universidad. Esa información tiene la característica de la exhaustividad. Es necesario conocer a todos y cada uno de los componentes universitarios —profesores y alumnos— de nuestro nivel en concreto... Hay que saber cuáles son los partidos, agrupaciones juveniles y sindicatos que actúan en el ámbito universitario; conocer a fondo cuáles son sus programas, sus reivindicaciones». Esta información deberá pasar por un contraste y posterior archivo con lo que se logrará una acción futura más eficaz, más «justa», más ceñida a la realidad.

Hablábamos al principio de esta charla de lo que, para nosotros, es una actitud negativa, una posición quietista ante el problema universitario. Gustave Thibon observa al respecto lo siguiente: «el pecado de acción y la virtud de acción están a veces unidos en lo concreto; así —prosigue—, de la generosidad y de la falta de escrúpulos: es a veces el mismo impulso, la misma ausencia de control sobre las pasiones, el mismo olvido de las fronteras entre lo tuyo y lo mío, lo que hace que un hombre sea la mismo tiempo pródigo con sus propios bienes, como poco respetuoso con los bienes ajenos». Aquí, la Universidad vendría a jugar el papel de una corriente fluvial con dos brazos de agua en orquilla, la Revolución y la Contrarrevolución; la solución, entonces, no estaría en desecar todo el río, sino en reconducir todo el caudal hacia el buen lado. No sería cuestión, dice Thibon, de oponer un Luis XVI a un Enrique IV, sino de oponerle un San Luis, rey de Francia; esto es, ni desarrollar un activismo desaforado e irreflexivo, ni mantener, tampoco, una posición quietista.

En todo caso, la Universidad va a seguir jugando un papel rector —su papel— ya sea negativamente como es el caso hoy, ya sea positivamente, en la perspectiva de una reconstrucción real; es, en efecto, difícil que si la Universidad se ordena a su propio fin, la sociedad, toda ella, no refleje ese orden y logre guiarse por el bien común.

La tarea es, sin embargo, a medio y largo plazo; es una labor de sustitución del cuerpo docente con la aportación de nuevos contingentes formados a ejemplo de Cristo.

Es tarea ardua, porque construir es siempre más lento y costoso que destruir; sería un error de acción el combatir a la Revolución en su propio terreno, el de la dialéctica, aceptando

su planteamiento político, haciendo una revolución de signo contrario.

¡No! Nosotros debemos pretender hacer lo contrario de la Revolución, y ya sabemos que el camino de la virtud al pecado es mucho más corto que el del pecado a la virtud. ¡Tomemos conciencia de ello y activemos, con ello, nuestra militancia contrarrevolucionaria! ¡Que no haya falsos remilgos! No es hora ya de reverencias de salón. ¿Cuántos más avatares habremos aún de sufrir para que nos sintamos asediados? La Caridad no ha consistido nunca en dejar la vía libre al error para que éste campe en dueño y señor. Afirmaba Veuillot: «que el miedo a dejar de ser amables no termine por quitarnos el coraje de ser auténticos».

Nos puede parecer todo ello una tarea de David enfrentado a Goliat; y lo es. Pero quienes sabemos contar y queremos hacerlo, leemos que a David aún le sobraron piedras en su morrión.